

Pablo María Sorondo

P A S A J E S

Soundtrack. La historia de *Pasajes* está poblada de música.
Aquí, la lista de canciones que se mencionan en la novela.



EL BIEN del **SAUCE**
edita

Prólogo

Entre las grietas de una polémica sobre la debacle de la novela, lo efímero de su conjetural impacto, los tropiezos del género, llega Pablo María Sorondo y deja este libro sobre la mesa. Y en medio de las dudas y cuestionamientos teóricos decide hacer cosa: aventurarse, gozoso, en la algarabía de narrar una gran historia.

Una entre tantas: la búsqueda de un libro de tapas rojas, la voz perdida de un padre.

Ese tronco central se difumina en ramas frondosas. *Pasajes* se multiplica en filigranas de hojas tan diversas como las expresiones más endemoniadas del jazz, las librerías de ejemplares usados y leídos que guardan joyas indelebles, ciertas revelaciones sobre el mundo casi perdido de un circo de barrio. Climas y ámbitos que el autor se encarga de tributar.

La trama progresa bajo el imperio de unos personajes inolvidables: Popovsky, la esquiva Ludmila, Graziani, un fantasmal Carlos Gardel, el querido Cucurbita. Marchan en procesión por una ciudad que los ve pasar entre el bullicio y la

desmesura. Cautivos en una realidad que no asimilan del todo, los encontramos aislados en sus propios paisajes interiores. La novela está poblada de sujetos curiosos y extrañados del mundo: videntes que capturan las capas, no del futuro, sino del pasado; cerrajeros capaces de abrir puertas que conducen a cualquier destino; equilibristas que, sobre la cuerda floja, ejercen su oficio para viajar de un mundo a otro. Ninguno parece saber dónde va, pero avanzan con una fe inquebrantable, porque el narrador los hace caminar bajo las artimañas y fulgores del relato de la vieja escuela.

En cambio, del protagonista sabemos apenas lo que él quiere contarnos, lo que registra en figuraciones de otros, en algunos comentarios ajenos. El narrador se desdibuja de manera deliberada porque acepta, con naturalidad, que enfrenta la desmemoria sobre su propia vida.

La novela, que se mueve con libertad, tiene sin embargo una estructura sólida. Los capítulos son autónomos. Cada uno contiene una historia particular con sustancia y consistencia propias y puede leerse, incluso, sin un abordaje de toda la obra. En cada parte, junto a la gran historia, descubrimos notas profundas sobre la fragilidad de los vínculos y de las ilusiones, con una mirada incisiva sobre la soledad, la indiferencia y el abandono.

Como en toda novela de largo aliento, repleta de guiños para iniciados, el lector se irá adueñando de ella para dar con los diversos finales que se mixturan y superponen, como sucede en una expedición riesgosa y perseverante por las altas montañas.

En *Pasajes*, al igual que en esas travesías, basta con arribar a una cima para que el horizonte revele otra cumbre aún más desafiante. Una y otra vez, el narrador invita a caminar junto a los riscos, en aventuras cargadas de riesgos, de simpatías y de imprevisiones.

Sorondo compone en secuencias, intrincadas y precisas, que acercan el relato al lenguaje audiovisual. O, acaso, recuerdan al estilo de los videojuegos de la década del ochenta, esas largas aventuras de rompecabezas encadenados y escenarios imposibles.

Allí aparecen el inaccesible pasado, la reconstrucción de la infancia, una tragedia olvidada, la amistad, las fantasías y el desamparo. En una vuelta de página, se comprende algo que definitivamente no sabíamos. Y entonces la novela se escurre de las manos, como un sueño amable en la madrugada. En ese despertar perplejo, de regreso a la vigilia, se constata que todos los objetos continúan en su sitio, aunque lucen un brillo novedoso que no habíamos detectado antes.

En el desafío del viaje, *Pasajes* se vuelve rica en registros variados. Contiene dosis de realismo mágico, toques de comedia trágica, algunos ingredientes de la novela costumbrista. El autor aborda el lenguaje como un orfebre; no en vano dedicó cinco años para escribir su obra, entre ciudades de cuatro continentes. Luego esperó cuatro más para rescatarla del olvido.

Camilo Sánchez

Buenos Aires, 27 de marzo de 2020

Las húmedas cuevas de las paredes donde buscábamos arañas, el tenue rebote de la luna sobre el empedrado, la invasión de langostas en cada verano, el perro malísimo del señor Gelly. Del pasaje Voltaire, esa amable callecita de Palermo viejo, aún conservo algunas imágenes más o menos trascendentes. El catálogo preciso de los recuerdos que pueblan ese barrio etéreo de mi memoria jamás terminaría de dibujarse. Las tardes de siesta y postres de maicena, el aroma a canela del arroz con leche, los múltiples caballeros que fueron el siempre amenazante Hombre de la Bolsa, las inconfundibles melodías de botelleros y afiladores, el pelotazo fatal que mató a Goyeneche.

Ahora, en la distancia, advierto con curiosidad cómo todo condujo al irrevocable desenlace de esa tarde de agosto. La bruma del devenir aumentó la pesada culpa que cargo desde entonces y que permaneció, durante años, oculta entre una nube de vivencias menos tormentosas.

Quisiera contarles esa historia del modo más directo, sin rodeos, sin ambigüedades, pero sé que es ilusorio: voy a demorarme en episodios tal vez innecesarios pero al menos verídicos, anécdotas parciales que forjaron ese camino como baldosas rotas en una vereda sinuosa.

Ya en aquel tiempo había notado, con cierta satisfacción inexplicable, algunas curiosidades que regían esa porción laberíntica del barrio, cerrada por Arévalo, Ravignani y Costa Rica.

—Caminos arrabaleros de otra época —sonó la voz de El Otro, desde un rincón de mi cabeza. Decidí ignorarlo, pero acepté que había algo honesto en su observación.

Hoy no quedan mayores rastros de lo que fuera la manzana porteña donde transcurrió mi infancia. La panadería de la esquina, fuente de las facturas que el gallego nos donaba a los mocosos, fue suplantada por una *hipster boutique* con productos sobrevaluados; la casa chorizo de la señora Graciela fue demolida para levantar un edificio de seis pisos donde ningún residente deja que los chicos de la cuadra jueguen con sus gatos y tortugas; el frente de ladrillo cubierto por una alegre enredadera en el caserón donde alguna vez vivieron mis abuelos fue reemplazado por un restaurante naturista.

Y sin embargo todavía puedo recrear los detalles originarios de ese minúsculo terruño urbano que, como les decía, habían captado toda mi atención.

Primero fue la disposición de los faroles. Lo recuerdo bien: ubicados al costado de las entradas de las casas, arrojaban su luz contra los paredones y dejaban sobre los dinteles una sombra clandestina que desalentaba cualquier travesura nocturna, aunque promovía juveniles encuentros amorosos que por entonces no lograban interesarme.

Aquel efecto disuasivo, propio de la oscuridad, se disipaba en el día. Con los demás muchachitos del barrio, entonces teníamos carta blanca para invadir hogares ajenos hasta la puerta cancel o espiar el interior de las casas a través de las cerraduras. Sigo sin comprender, todavía hoy, qué sensación extravagante buscábamos en esos humildes asaltos edilicios.

Por lo demás, urgencias y distracciones propias de la niñez me ocupaban a intervalos irregulares. Interrumpía mis pensamientos con asuntos ajenos, incoherentes, baladíes. La edad y los rigores no impidieron que perfeccionara esta desgracia de perderme a cada instante en digresiones que a nada conducen.

También había advertido que, con la llegada del carnaval, los mayores tenían comportamientos muy inusuales.

Mis amigos del barrio se negaban a atender este tipo de denuncias; distraídos con los cuetes, serpentinatas, máscaras y lamparitas de colores, no encontraban gran provecho en todo aquello que se alejara de disfraces, bailes de murga y guerras de agua. Yo los miraba sentado sobre la vereda, en algún sitio donde no hubiera pegotes de engrudo y papel picado, mientras daba pisotones sobre los adoquines mojados.

El carnaval me desconcertaba. Ignoro ahora si era por las insoportables tonterías que inspiraba en mis amigos o si acaso mi preocupación se debía a esas raras, rarísimas actitudes de los mayores. Seguían nuestros pasos desde los balcones, con visible tristeza. Veían en nosotros algo que había sido suyo y que, con el devenir, también dejaría de ser nuestro.

Quando llegaba el fin de la fiesta, el pasaje se volvía aún más silencioso. Algunas noches, desde mi habitación, podía escuchar

que un saxofón lejano soplaba con angustia. Jazz. Siempre jazz.

Más adelante conocería los personajes (Parker, Davis, Coltrane, Gillespie, Mingus), los estilos, las especialidades, los adornos y las cadencias y los *walkings* y *hot licks* y *turn arounds* y *two-five-ones*. Los ecos del instrumento se colaban por la ventana y flotaban en el aire metálico, solo para mis oídos, como un arrullo que viajaba desde algún suburbio del Chicago profundo. Así, sospecho, tomé la costumbre de conciliar el sueño con un espíritu nostálgico, despreocupado ya por los desembarcos de sádicos extraterrestres que me impulsaban a ocultarme bajo la cama. Fue, quizás, un modo de crecer.

Entonces, la callecita que suspiraba tangos a cada centímetro se llenaba de swing. Esa música despertó inquietudes desvinculadas con mi edad, que me obligaron a desvelos casi cotidianos, a un abordaje total de la noche como espacio de encuentros metafísicos, de una grandeza cósmica inescrutable que me agitaba con impulsos nuevos. Con una búsqueda imprecisa para la cual ya no alcanzaban a satisfacerme las novelas de Salgari o de Julio Verne.

Durante el día todo era diferente. Recién entrada la tarde, cuando los muchachos volvíamos de la escuela, la cuadra se despertaba y de las casas salían voces, ruidos de pelotas y vidrios rotos y llantos y unos retos que para qué. Ruidos de tropiezos y rodillas raspadas y manos llenas de tierra. Ruidos de insultos y amenazas y portazos. Ruidos de timbres y *ring-rajes* y carcajadas y vociferaciones desde la puerta. Y allí, en medio del barullo, comenzaba “el Éxodo”.

Esta denominación debe tomarse sin rigores bíblicos y en atención a su particularísima referencia. Voy a explicar con detalle cómo lo descubrí. La importancia de ese nuevo fenómeno

excede al propio éxodo: su revelación fue imprescindible para comprender la perfecta simetría que gobernaba nuestras vidas.

Comenzaba alrededor de las cuatro de la tarde y podía extenderse hasta las nueve de la noche, según el caso. El movimiento de niños hacia residencias extrañas se amparaba en una doble dinámica de necesidad y conveniencia que alcanzaba a padres e hijos por igual: juego y descanso, confianza y aventura, imprevisión y accidente.

Se abría la primera puerta y dejaba salir unos apresurados zapatos Pampero, acompañados por un vestidito blanco estampado con rosas diminutas, cintas y moños al tono sobre dos trenzas morenas, dirigidos con precisión a una casa ubicada a menos de cincuenta pasos de esa puerta inicial. Del segundo edificio, pues, saldría una muchachita algo despeinada que, de la mano de su madre, avanzaba hasta otra entrada donde ya esperaba la señora Tota o la señora Gelly o la señora Graciela o tía Zoé.

De este modo, las tardes en el pasaje se completaban con este casi bucólico intercambio de infantes que acudían de hogar en hogar para recibir los cuidados de diversas mujeres de la cuadra, según disponibilidades, horarios y simpatías.

Una modesta posibilidad de combinaciones permitió que, con unos pocos meses de participación en el éxodo, pudiera conocer todas las casas del pasaje y todos sus detalles más interesantes. A veces, mientras pasaba la tarde en alguna de esas residencias temporales, extrañaba las bondades de otro sitio y soñaba con escapar hacia allí.

En lo de Gelly, por ejemplo, había un escritorio enorme con olor a libros viejos y una hermosa caja de cigarros que daba un quejido al abrirse.

En el cuartito guarda-todo de los Pozo, que mantenían cerrado con doble llave, encontré una pistola Ballester Molina sin munición.

Los azulejos del baño en casa de la familia Villeneuve tenían unos dibujos obscenos que años más tarde reconocí en el *Kamasutra*.

Debajo de la cama del señor Juan Manuel siempre había cucarachas. Siempre.

Y recuerdo muchas más insignificancias. El patio de malvones de fantasía que la vieja Tota se empeñaba en regar cada mañana; los sillones Chesterfield de cuero negro en casa de tía Zoé; el tocadiscos Winco en el que don Edgardo ponía Mozart, Dvorak, Wagner, Mahler, Puccini, Bach, Haendel, Verdi... Las asquerosas láminas del cuerpo humano que el doctor Romero colgaba en su despacho. Las fotos de mujeres rusas, desnudísimas, que Popovsky había encontrado en los cajones de su padre y que nos producían una risa forzada o quizá cierta excitación que aprendíamos a disimular.

Noto que la mención de los malvones de la vieja Tota disparó en mi interior un desfile de escenarios similares. Me asaltan ahora otros ámbitos del barrio, casi idénticos. A la señora Pozo le gustaba sentarse al sol para tomarse el vermouth junto a unos rosales que eran la única nota distintiva de ese espacio. Nelly, en cambio, colgaba la ropa en una terraza más despojada que me permitió medir el espacio y comprobar su equivalencia con los demás. En los macetones del patio de tía Zoé ocultaba mis soldaditos que, a menudo, confundido por su apariencia gemela, buscaba empecinado en macetas de otra casa. En el patio de la señora Graciela, el bravucón de su hijo Francisco invitaba a los demás niños a capturar hormigas y quemarlas con una lupa bajo

el sol del mediodía. En ocasiones, se esforzaba por atrapar gatos y, con unas tenazas, arrancarles sus bigotes ante los pequeños que atestiguaban el crimen, paralizados, con horror. Maldigo a esa amarga escena.

La dimensión de estos espacios se agiganta en la arbitrariedad de mi memoria; a veces pienso en ellos como unos jardines de ensueño, con plantas colgantes, con baldosones maravillosos, con grandes vitrales que los asemejaban a basílicas. Así resurgen esos patios cuando rastreo a ojos cerrados los rincones de mi alma.

Y a pesar de todo, conservo la desgraciada visión de su realidad, una cruda representación que arrasa con todo lo mágico de mi infancia: unos cuadrados pequeños, unas ventanas despobladas de encanto, sucios y resquebrajados macetones, el reflejo de un cielo turbio en los vidrios rotos.

No conviene volver la mirada atrás, hacia las imágenes del pasado, porque sería volverse hacia un reencuentro imposible, porque el peso de los años ya habrá aplacado la generosidad de la imaginación, porque el mundo ya nos habrá desalentado en cada intento por embellecerlo.

Decía que Popovsky y yo habíamos adquirido el reprochable hábito de hurgar en los cajones de su padre. Sabíamos muy bien que en esos compartimentos no había objetos de mayor interés, pero ambos compartíamos el secreto anhelo de hallar alguna cosa sorprendente, majestuosa, inservible.

Por infructuosidad o fatiga, acabada la inquisición de un objeto prodigioso entre pertenencias ajenas, Popovsky y yo salíamos a cualquier otra parte en busca de aventuras más sencillas, como patear penales en la vereda con la suficiente precaución para evitar a los ocasionales automóviles. Más tarde o más temprano aparecía la madre del ruso y nos interrumpía

a gritos para servirnos una merienda que era, para nosotros, un castigo. Esa interrupción debía sortearse a toda velocidad. La mujer insistía en que, de no alimentarnos bien, podríamos volvernos metafísicos como Babieca. Entonces no entendíamos que aquello era una broma libresca, pero sí entreveíamos un temor a partir de una invención compartida: esa Babieca, acaso una amiga de la señora Popovsky, habría adelgazado hasta la desaparición súbita y absoluta. Mi amigo argumentaba que alcanzar ese punto era imposible porque bastaba que uno mismo supiera dónde estaba para desestimar el desvanecimiento total. Tenía razón, pero aún así yo procuraba comer para evitar toda posibilidad de evaporarme.

Disculpen. Hablé de mi compañero Iván Popovsky sin presentarlo como correspondería. Personaje singular, alegre, divertido. En un descuido le comenté mi preocupación sobre el fantástico parecido de todas las casas del pasaje. Nunca hubiera esperado una reacción tan precisa, elocuente, prolija, como la que entonces tuvo el ruso.

—El mismo tipo las construyó a todas —dijo Popovsky, que pronto volvió sobre sus palabras—. Mejor dicho, todas estas casas están construidas a partir del mismo plano, el de la primera casa del pasaje Voltaire.

—¿De dónde sacaste semejante macana? —al principio me parecía una cosa ridícula.

—Padre me dijo que su papá fue el arquitecto. Mi abuelo creó estos edificios. Incluso me mostró los planos donde puede verse el esqueleto de mi casa. Y de la tuya y la de todos en esta bendita calle.

—Pero tu abuelo... y tu papá... y si todas las casas son iguales...

Como no sabía bien qué decirle y Popovsky ya estaba en posición, abandoné sin más la conversación y pateé un pelotazo que debería haber alcanzado el palo izquierdo (una montañita de ropa sobre el cordón) pero dio en un naranjo algo alejado. Durante toda esa tarde corrimos por los adoquines detrás de la pelota, siempre atentos al “¡auto!”, esa exclamación previsoras que alguno daba, cada tanto. El resto de la conversación se perdió entre mil tardes iguales, rebotes en el eco de carcajadas y sinsentidos.

Algún tiempo después volví a pensar en la respuesta de Popovsky. Tenía muchísima lógica. ¿De qué otro modo podrían repetirse con precisión matemática los zaguanes, dormitorios, *toilettes*, molduras, escaleras, patios, ventanales, claraboyas, lavaderos, cocinas y salas de estar?

El descubrimiento así corroborado de que todas las casas del pasaje Voltaire eran iguales, palmo a palmo, me llevó a concebir la existencia de una construcción única, arquetípica, que podríamos imaginar y decorar con las delicias de las residencias que ya tanto conocíamos. A partir de ese instante le propuse al ruso una empresa demasiado ambiciosa para nuestra capacidad investigativa: encontrar esa casa primera y única, la casa mágica que nos permitiría, al estar en ella, recorrer cada uno de los edificios del pasaje.

Fracasamos.

Y era de esperarse. Los cortos momentos que él y yo pasábamos ajenos a travesuras y vanas diversiones, dispuestos a concentrarnos en nuestra aventura, ignorábamos cómo proceder en la requisa.

Sospechamos, primero, que la casa única debía ser la del rusito, ya que el arquitecto había sido su abuelo. En este sentido, la teoría parecía sólida pero una rápida consulta la desbarató con facilidad.

Sin embargo, los ruinosos resultados de algún modo facilitaron que floreciera un vínculo especial con Popovsky, una amistad que se dañó sin dramatismos ni aclaraciones durante la agitada tarde de agosto en que murió Goyeneche.

Ahora percibo que debí haber explicado, cuando describí el éxodo, la posibilidad de otro movimiento que tenía lugar solo en contadas ocasiones, constituido por segundos y hasta terceros direccionamientos en la misma jornada, lo cual generaba un meta-éxodo.

En esos casos ocurría lo siguiente: un niño, llamémosle A, concurría al hogar de otro niño, B, para que su madre, C, cuidara de él. Pero de súbito, C debía interrumpir esa obligación y recurría entonces a C Bis (vale decir: otra buena señora del pasaje dispuesta al cuidado de niños). De esta manera, C Bis recibía más tarde en su propia casa (segunda parada del éxodo) al conjunto AB, cuyo resguardo debía sostener hasta nuevo aviso o un improbable pero posible evento que diera inicio al tercer movimiento. Para esto se requería una nueva casa y una nueva señora.

Así ocurrió ese día trágico. La madre de Popovsky nos había dejado al cuidado de la señora Tota, quien a raíz de alguna desafortunada circunstancia debió encomendarnos a tía Zoé. Tan imprevisto fue ese movimiento que ni siquiera el ruso, siempre ágil, pudo llevarse la pelota, que habrá dado sus últimos

piques en el patio de Tota mientras los tres salíamos hacia el nuevo destino.

—Sonamos, che —dijo Popovsky, desanimado por la falta del balón.

—Tranquilo, no es para tanto —atiné a decirle, aún cuando sabía que solo un milagro podría salvarnos del hastío que aquella tarde nos aguardaba en casa de tía Zoé.

Esa casona ya nos había tenido como visitantes en incontables oportunidades. Debo confesar que era para nosotros la más bonita y misteriosa de todo el pasaje. Recuerdo su imponente fachada y su altísima puerta doble de hierro y madera, que parecía la entrada a tierras soñadas o al pasado. Rajaduras como arrugas en las manos, como viejas cicatrices en el pecho. Mohosos ladrillos solazados mientras el sol del mediodía les doraba el lomo. El gato siamés detrás del vidrio de la gran ventana, inquisidor o burlón o incomprendido.

Popovsky solía protestar ante el rango de “tía” que se le adjudicaba a Zoé por costumbre. No lo era, en rigor, de nadie. Vivía solitaria en esa casa tan grande y llena de adornos y cuadros. Acerca de uno de ellos, donde estaba retratada una esquina de Montmartre entre verdes y rosados, Zoé nos contó que su autor, un francés cuyo nombre no retuve, lo había cedido en una lúgubre cantina de París a cambio de alcohol, “esa pócima venenosa que daba a los genios alas y penas por igual”, decía.

Al margen de las objeciones filiales de Popovsky y pese al encanto de esa morada, estar allí nos provocaba un aburrimiento ceremonioso. El motivo, claro estaba, eran las rígidas normativas de la dueña.

En los dominios de tía Zoé nada, casi nada, estaba permitido. Vedaba las barajas, las pulseadas y las escondidas con la sapiencial

certidumbre de que esas diversiones concluían siempre en trompadas. De modo que debíamos contener nuestro principal deseo: patear penales era cosa prohibidísima. Y por si todo esto fuera poco, a la resignación de abocar la tarde a la lectura de revistas *El Hogar* y de fastidiosas secuencias de adivinanzas y veo-veos, debíamos sumar la habitual presencia de Goyeneche, con quien Zoé cantaba y cantaba sin descanso mientras nosotros refunfuñábamos ante las antiguas crónicas sociales de alguna *Caras y Caretas*.

El desierto de alegrías que esa casa deparaba nos obligó a tomar algunas precauciones para sobrellevar, con algo de honor juvenil, esas tardes de represión lúdica. La estrategia comenzó con un descuido que fue, comprendimos luego, obra de las divinidades: cierta vez el azar puso en los bolsillos de Popovsky un puñado de mis soldaditos de plástico verde que fueron, en medio del éxodo con Zoé, la gloria de la tarde y que, al retirarnos, quedaron en las macetas del patio, guarnecidos entre la vegetación.

Ese olvido permitió que, durante la siguiente visita, descubriéramos con sorpresa que allí estaban esos hombres de armas, tal como los habíamos dejado, en su rígida contemplación de peligros imaginarios. De inmediato supimos que esa artimaña del olvido podría sernos útil.

—¿Por qué no escondemos más juguetes entre las macetas? — consulté a mi colega.

—Sería un poco arriesgado, mirá si Zoé los encuentra cuando va a regar las plantas.

—O si llueve y se arruinan.

—O los agarra el gato.

—Habría que buscar escondites más prácticos.

Y eso mismo hicimos. Interpretamos una falsa aventura de exploración que nos daba legitimidad para husmear entre las habitaciones sin despertar sospechas de nuestra guardiana: éramos Phileas Fogg y Jean Passepartout con pantalones cortos y camisetas de fútbol, dando la vuelta a la casa en ochenta tardes.

Marchábamos en busca de baldosas sueltas, almohadones sin relleno, cajones de consulta infrecuente, jarrones amplios, paragüeros atiborrados de bastones, a la caza de recovecos donde pudiéramos alojar nuestra propia artillería de divertimentos con plena impunidad. Librados del temor de que Zoé o el gato logaran un hallazgo imprevisto y nos forzaran a confesar una insolente intervención en el decorado general de la casona.

Nuestra asociación ilícita resultó venturosa. Debajo del colchón de la cama de huéspedes, que nunca se usaba, guardamos una selección de revistas y libros de nuestro agrado: aventuras de Astérix el galo, alguna cosa de Lucky Luke, ediciones de El Gráfico tomadas al azar, páginas sueltas de la revista D'Artagnan con los viajes del errante Nippur de Lagash. En el cajón más bajo de una vitrina de madera oscura, que exhibía platos con escudos ibéricos, quedaron a resguardo dos baleros y una bolsa grande con bolitas. Escondimos un mazo de cartas españolas en su biblioteca. El pequeño baño de servicio hospedó un par de rifles, la hermosa ballesta del rusito y mis ruidosos revólveres de cebita con los que nos batíamos a mortales duelos fingiéndonos ser Blondie y Angel Eyes en el cementerio de *The Good, the Bad and the Ugly*. Y fue así que debí comenzar a engañar a mi hermano cuando consultaba por la ausencia de algunos elementos de nuestro propio baúl de juguetes, o bien a mi padre cuando me interrogaba por las desapariciones en su biblioteca.

—¿Quién de ustedes se llevó mi *Cuaderno de tapas rojas*? —nos preguntaba a los dos, pero fijaba sus ojos en mí.

—Yo no —negábamos a coro.

—Alguien tuvo que haberlo hecho porque aquí no está.

Bien sabíamos, mi hermano y yo, que ese ejemplar único de lomo colorado era su consentido y que jamás nos perdonaría su pérdida. Y sin embargo, de tanto en tanto, ese libro se desvanecía y las indagaciones me tenían como principal sospechoso, habida cuenta de mi afición por la lectura.

Debo decir que, a mi favor, nunca había sacado ese tomo y que podía contestar sin remordimientos a las veladas acusaciones que se me hacían. Por fortuna, el libro reaparecía con la misma misteriosa naturalidad con la que se extraviaba. Solo una vez, consternado, lo vi sobre una mesa ratona en casa de los Cabrera, sin comprender de qué manera pudo haber terminado allí. Entonces me invadió el miedo de una acusación posible. Ese temor perduró toda una tarde y se extinguió al día siguiente, cuando el viejo Cabrera se acercó a casa para devolver el libro.

La estrategia de esos pequeños Fogg y Passepartout permitió que tuviéramos al alcance algunas herramientas más apropiadas para nuestras diversiones en casa de Zoé. Pero no dimos con gaveta ni jarrón alguno que pudiera contener oculta, en su interior, a nuestra bien amada pelota Pulpo número cinco. Tampoco lográbamos ingresarla en la casona sin que su guardiana la encontrara primero y expulsara a la calle después, para rescatarla luego, debajo de autos desconocidos que estacionaban en el pasaje.

No quiero alejarme tanto de aquella tarde.

Seguíamos fastidiados por la interrupción súbita de nuestra actividad futbolera. La señora Tota nos llevaba de la mano hasta

la cercana casa de tía Zoé. Para dar conversación, comentó que pasaríamos el resto del día en un sitio particular, significativo para la modesta historia de la calle Voltaire. Nada menos que la primera pieza edilicia de ese trazado, la misma donde hubiera vivido Pyotr Ilych Popovsky, padre de Nikolai, quien fue a su vez padre de Iván, el rusito.

—¿La casa de mi abuelo? —preguntó, cargado de orgullo genealógico.

Bastó un gesto aprobatorio de Tota para que mi amigo y yo crucemos una mirada de asombro y éxtasis ante el significado que dábamos a esa revelación. Y poco después, finalizados los intercambios protocolares de ambas señoras y resueltos a sobrevivir nuestra estadía en casa de tía Zoé, Popovsky fue mucho más rápido que yo cuando expuso una proposición que era al menos arriesgada.

—Me voy al patio de Tota a buscar la pulpito —dijo, confiado y sin rodeos.

—¡Estás loco! La tía nunca te va a dejar salir.

—Es que no hace falta salir, ¿no te das cuenta que estamos en *la casa*, la única, la primordial?

—Pero será posible que desde aquí...

—Lo sabremos pronto. Vení.

Popovsky se arrojó al suelo y comenzó a reptar entre los sillones del recibidor, apenas levantó la cabeza para evitar ser visto. Desde la cocina llegaban las voces de Zoé y Goyeneche que, como de costumbre, cantaban valeses y tangos y boleros.

Llegamos hasta el umbral del patio y nos detuvimos antes de cruzarlo, algo nerviosos. A través del vidrio, pude reconocer la maceta del fondo donde acampaba nuestro ejército. Empujé apenas la puerta blanca, hasta obtener una hendidura que nos permitiera pasar.

Era el momento decisivo.

“Yo quise ser un barrilete...”, imitaban los cantores a Eladia Blázquez. Entonces Popovsky me miró a los ojos y susurró un “ahora” con la gravedad de lo irremediable.

Yo, que estaba adelante, me moví despacio hacia el interior del patio y no tardé en percibir que el ambiente se enrarecía: rodeados por una niebla que nos impedía ver por dónde íbamos, el aire fue de pronto ligero y frío y una corriente suave nos electrizó el cuerpo con un cosquilleo aterrador.

Cada impulso que dábamos para arrastrarnos hacia dentro del patio nos agotaba. Sin saber con exactitud dónde estábamos, no tardamos en sentir una oscura y total confusión. Los sonidos que antes oíamos llegar desde la cocina se habían disuelto en un zumbido delicado y constante que silenciaba, incluso, nuestras propias voces. Noté, en esas circunstancias, que Popovsky ya no estaba a mi lado y que mi cuerpo había perdido contacto con el piso rugoso de la casa de tía Zoé.

En cambio, experimentaba una profunda serenidad que me hacía sentir suspendido en la nada. Flotaba en algún intersticio del espacio y el tiempo. Allí permanecimos un larguísimo rato.

Y cuando creí que eso sería todo, llegó el vértigo: una intensa aceleración llevó mi cuerpo hacia un torbellino luminoso donde la bruma se perdía y ya podían reconocerse colores y formas que se corporizaban a toda velocidad, al tiempo que se acercaban hacia mí mientras yo permanecía inmóvil. El mareo provocado a lo largo de esa travesía se detuvo de golpe. Noté que mis sentidos se recuperaban del letargo. Allí estaba, recostado sobre el patio, frente a los malvones de fantasía de la señora Tota.

—¡La tengo! —dijo mi amigo, victorioso, con la pelota entre sus manos.

—Volvamos rápido antes de que Zoé... —pero ni tiempo tuve para terminar la previsible frase, porque Popovsky ya me empujaba hacia la niebla, el zumbido, la nada, el vértigo, el torbellino luminoso y la salida calma frente a la puerta blanca que cerramos con cautela.

“Buscando altura en mi ideal...”, frasearon Zoé y Goyeneche desde la cocina. Con el ruso ya conocíamos de memoria su repertorio y entendimos que nuestro viaje onírico había demorado, acaso, unos pocos segundos.

Nos escabullimos hasta una habitación repleta de muebles, lámparas y figuras de porcelana.

—¿No se te ocurrirá jugar acá, no? —le advertí, por temor a romper algún objeto.

—Acá es imposible, no se puede improvisar un arco en ninguna parte.

—Tenemos que trasladarnos a un lugar más espacioso.

—Sin vitrinas.

—Ni tantas cositas delicadas que puedan romperse. ¿Se te ocurre algo?

—A esta hora —dijo el ruso luego de pensar unos instantes— no debe haber nadie en el consultorio del doctor Romero.

Y casi al instante notamos otra vez que surgía la niebla y nos rodeaba para transportarnos por ese túnel incompresible. Al cabo, habíamos llegado al consultorio vacío y se hizo evidente que, entre el espacio que dejaban el escritorio y la camilla, sería muy sencillo preparar un arco bastante decente.

—¡Atajá vos! —gritó Popovsky.

No perdí un instante. Me preparé mientras él acomodaba la pulpito y calculaba la precisión de su patada, que resultó en un tiro bajo y desviado hacia la derecha, sin dificultades para que

podiera rechazarlo con el empeine. El segundo disparo llegó con mayor fuerza, rodando sobre el parqué del consultorio y dirigido con maestría hacia un extremo de la camilla, donde me fue imposible llegar a tiempo.

La efusividad del momento llevó a que el ruso gritara ese gol como ningún otro, con una picardía que tenía algo de burla y que logró provocarme. Tomé la pelota y la dejé caer justo a tiempo para que mi derecha, ya en movimiento, la impactara con brutalidad en dirección a la cara de ese ruso jetón. Y tan mala fue mi puntería, como lo había sido siempre, que la Pulpo golpeó en el techo, rebotó en el suelo, luego en la esquina del escritorio y fue directo hacia la bruma, hacia algún rincón del barrio que no podíamos prever y que no nos dejaba otra alternativa que perseguirla por esos callejones mágicos.

Volvíamos a cruzar a través de la niebla. La pelota salió de la casa de los Romero hasta el lavadero de los Pozo, después picó en la mesita del Winco de don Edgardo, rebotó en las piernas de la señora Graciela y destrozó una Virgen en el hall de mi casa antes de que pudiera alcanzarla entre las imágenes del *Kamasutra* del baño de los Villeneuve. Levanté la pelota y se la pasé con precisión a Popovsky, que ya había decidido una acrobacia en la puerta de la cocina de los Gelly.

—¡Chilena! —gritó justo antes de echarse al aire para doblarse como una medialuna y darle un violento puntapié a la pulpito. Desde el corredor de los Villeneuve, pude ver cómo un rayo anaranjado cruzaba el dormitorio del señor Juan Manuel, atravesaba el pasillo alfombrado de Graciela y, en un estruendo de fierros y chirridos, chocaba de lleno contra la jaula del canario.

—¡Madre de Dios! —aulló la tía, desde su cocina.

Popovsky me miraba incrédulo, echado de espaldas en el piso de la habitación de las vitrinas, de vuelta en la casa de Zoé. Oímos

sus furiosos pisotones mientras se acercaba para enfrentarnos. En una mano traía la pelota naranja. En la otra, acunaba una criaturita muerta.

—¡Malparidos, mataron a Goyeneche! —escupió.

Pálidos, Popovsky y yo nos mantuvimos fieles a un silencio prudente. Zoé rompió en un llanto desconsolado y se desplomó sobre uno de sus sillones mientras se disculpaba entre sollozos. Dejó caer la pelota, apartó al canario y nos tendió los brazos.

Faltaban argumentos para culparnos de la tragedia: era evidente que desde esa habitación de la casa jamás hubiéramos podido darle un pelotazo a nada que estuviera en la cocina.

Fue un misterio, para ella, de dónde surgió ese golpe de gracia. Confundidos y culpables, Popovsky y yo terminamos esa tarde en el living de Zoé, entre revistas viejas y el silencio lúgubre de la casona, aún más oscurecida por nuestro crimen.

Siguieron horas de mirarnos las caras y no decirnos nada. Horas de lamentos y de uñas mordidas, de voltear páginas sin atender a su contenido, de conjeturar qué se haría con el cuerpecito del pájaro y no animarnos a preguntarlo, del repentino llanto que soltaba la tía y, aunque amenguaba, nunca parecía irse del todo.

Zoé caminaba por toda la casa, entre murmullos. En una mano apretaba un pañuelo. En la otra, un rosario perfumado. Preparó tres o cuatro tazas té y no bebió ninguna. Ensimismada, se olvidó de nosotros.

En la sala de los sillones de cuero, Popovsky y yo no podíamos expresarlo, pero sentíamos que algo se había roto. Si entonces hubiéramos sabido ponerlo en palabras, quizás él podría haber dicho que esa inesperada aparición de la muerte nos había envenenado el aire de la infancia. Tal vez yo habría contestado que algo innombrable, del orden de lo sagrado, entonces se había

vuelto profano.

En esa última conversación sobre el episodio, en ese intercambio silencioso, el largo adiós a Goyeneche era menos pesado que el esbozo de una sospecha compartida: se desmoronaba el descubrimiento de los pasajes mágicos. La ruta imprecisa que habíamos edificado a espaldas del mundo, sin notarlo, quedaría clausurada.

Después de ese día, los soldaditos fueron abandonados a su suerte en las macetas del patio. Las armas de juguete permanecieron disimuladas en su escondite, descargadas, entre toallones y salidas de baño. Los libros y las revistas se mantuvieron cerrados para siempre en una habitación de huéspedes.

Los túneles mágicos del pasaje Voltaire quedaron ocultos en la memoria compartida de una amistad que nació en las picardías barriales sin que nos diéramos cuenta, maduró con un puñado de aventuras más o menos riesgosas y comenzó a marchitarse, sin prisa, mientras la muerte de un pájaro se ahogaba entre recuerdos más felices.

A quien lee:

Si llegaste hasta aquí y querés continuar pero no podés comprar este libro, escribime a polmarías@gmail.com y con mucho gusto te lo haré llegar :)

Pablo